

El Canto: Tan antiguo como la Iglesia; tan nuevo como mañana

Mucho antes que la cristiandad emergió del judaísmo en el primero y segundo siglos de la historia cristiana, se existió la costumbre de cantar los textos rituales. No sabemos el rol que ello haya tenido a principios de la iglesia, pero sabemos que, cuando el ser cristiano fue legalizado, los ritos públicos de la iglesia incluyeron la costumbre de cantar los textos rituales. No sabemos por seguro cómo sonaban aquellos primeros cantos porque no había normas establecidas para la solfa hasta cerca del siglo nueve. Sabemos que se incluyó la costumbre del canto en cada forma de la cristiandad temprana como la manera de proclamar los ritos en varios idiomas y culturas. Hoy, conocemos varias variantes del canto occidental (El antiguo romano, gregoriano, ambrosiano, beneventano, mozárabe y galo) y hay vastos repertorios del canto en las iglesias orientales: bizantina, armenia y siria, por ejemplo.

Originalmente cantar los textos litúrgicos tenía dos propósitos. El propósito religioso es el más antiguo de éstos: transmitir el texto ritual convincentemente—con confianza, musicalidad, falta de inhibición y con dinamismo espiritual. El segundo propósito fue muy práctico pero no se lo reconoció hasta que la cristiandad llegó a ser extendida en el Imperio Romano: comunicar el texto a una comunidad grande en un edificio grande.

Usando hoy la colección de música llamada “el canto gregoriano” añade un tercer propósito: tender un puente sobre la luz del milenio que separa nuestros corazones y nuestras voces de los de los fieles por los cuales esta música fue nueva pero aún, de algún modo, sonaba como “su” música. Los cantos simples y básicos (“canto llano”) no eran tan diferentes de la música que se escuchaba en otros lugares—en casa, al trabajo, y aún en las universidades en vías del desarrollo donde a veces se usaba el canto para alcanzar a una muchedumbre grande o para enfatizar una lección. Las composiciones más complicadas (como las partes propias de la Misa) también eran familiares pero eran más complejas y técnicamente más desafiantes, limitadas entonces como ahora a ser cantadas por un coro experto.

Mientras la música occidental se derivó de su fundación



en el repertorio del canto de la Iglesia Latina, y como la polifonía empezó a ampliar los sonidos corales y aún a veces, disfrazar la presencia de los cantos antiguos de los cuales fue desarrollada; mientras los compositores de los varios estilos (el barroco, el rococó, el clásico y el moderno) compusieron nuevos arreglos para la Misa y añadieron nuevos estilos de música para los varios ritos; la Iglesia siguió afirmando el repertorio del canto gregoriano como “especialmente apropiado para la liturgia Romana” como un repertorio musical a que “se debe dar el reconocimiento del puesto en los servicios litúrgicos” (Segundo Concilio Vaticano,

Constitución sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, 116).

De hecho, la influencia de aquel repertorio ha llegado más allá que el uso litúrgico de la Iglesia Latina (romana). Fue asimilado y modificado por las liturgias vernáculas de las Iglesias de la Reforma, en particular de los rituales anglicanos y luteranos. De hecho, ciertos corales luteranos preservan los textos (en traducción alemana) y además las melodías de los himnos latinos.

Durante el Renacimiento, cuando el órgano de tubos alcanzó su potencia litúrgica en la liturgia de la iglesia occidental, el repertorio cantado del coro sirvió de su primera inspiración—durante esta época en la tradición católica, se tocaba la mayor parte de los órganos de tubo para acompañar al coro. Dentro de poco, sin embargo, así con el repertorio coral, los compositores del órgano de tubo usaron los cantos de la Iglesia como la inspiración para nuevas composiciones, no sólo para acompañar lo que ya existía sino también para expandirlos en maneras que resonaron la música de otras partes de la cultura.

Actualmente, después de un siglo de empujes por los papas y los concilios, hay un nuevo interés en los cantos antiguos de la Iglesia. Al cantar la liturgia, la gente está encontrando nuevas fuentes de la profundidad del ritual usando el repertorio antiguo (con los textos latinos o adaptados a las traducciones vernáculas) o haciendo lo que hicieron las otras generaciones: empezando con aquel repertorio pero profundizándolo en maneras que resuenan familiares a nuestras generaciones, en maneras que suenan como nosotros.